

JULITO CABELLO

APESTADO DE LA
PESTE APESTOSA



ADVERTENCIA:
LA GENKIDAMA
NO VIENE
INCLUIDA.

ESTEBAN CABEZAS
ILUSTRACIONES DE MARKO TORRES

JULITO CABELLO

**APESTADO DE LA
PESTE APESTOSA**

ESTEBAN CABEZAS

ILUSTRACIONES DE MARKO TORRES



PRIMERO, UNA PEQUEÑA EXPLICACIÓN

Para el que vaya a leer este libro tan virtual, se le comunica que su protagonista ya tiene otras siete aventuras, las que partieron hace un kilo de años con “Las descabelladas aventuras de Julito Cabello”. Si no ha leído ninguna, igual esto es como meterse a mitad de temporada en una serie (pero nunca tan brígida como “Juego de tronos”). Aunque, la verdad, lo único medio inexplicable en toda esta trama es una guagua superdotada -la María-, y que los Cabello son de clase media (que es algo como irreal mítico), porque en el resto, igual son más o menos parecidos a más de alguien del mundo mundial.

Este libro es gratis gracias a mi 10 %, y no es broma, y se lo dedico, sinceramente, a todo el profesorado y gentes de biblioteca, que merecen todísimo mi respeto y

admiración (aunque igual hago algunos chistes de profes en estas páginas, *sorry*, pero para qué me invitan si saben cómo me pongo, je).

Eso.

Yo, el Esteban, o sea, el autor de todo esto, junto a Marko Torres, el hombre de la imagen y socio durante todos estos años.

www.estebancabezas.cl

www.markotorres.com





Hola. Aquí Julito Cabello, ordenando sus cosas justo antes de mudarse a Marte este martes (escogí el día a propósito, obvio). Ya estoy viejujo y rancio, pero todavía puedo agacharme -gracias a mis huesitos de super titanio- y así fue cómo encontré, en una caja toda roñosa -de papel de árbol, un lujo-, mi diario de vida de la peste. O sea, de cuando estuvimos en cuarentena, que después la levantaban, después la hacían dinámica, después volvíamos a la cuarentena, después se iba y volvía, mientras estábamos todos muy encerrados como en una cápsula espacial (sin flotar eso sí, porque en esa época todo era muy “heavy”, que significa pesado, ¿ok?).

Yo sé que hay cosas muy antiguas y que ya no existen (¿qué eran los Cheetos, ah? ¿Mario y Luigi, qué onda? Ya se me olvidó todo eso, a mis 152 años), pero creo que se entiende igual lo que pasó al leerlo.

Para ustedes, arqueólogos de las costumbres antiguas, dono este documento de gran (jura) valor.

FALSO POSITIVO

¿Alguien puede explicarme qué es eso del “falso positivo”? O sea, ¿eso es ser como buena onda por fuera, *happy happy joy joy*, y por dentro ser de una tremenda mala onda oscura sith? O sea, *kawaii* para la foto y cuando se apaga la luz ponerse en modo Chucky el muñeco diabólico, ¿ah? Lo único que sé es que llevamos como chorrocientos-mil millones de días en cuarentena y estamos todos con tan, pero tan mala onda que si fuéramos una carta con poderes, tendríamos energía como para eliminar a todos los profes de gimnasia de la Tierra y de la galaxia también, por dar un ejemplo positivo, digo. Hasta ahora nadie se ha contagiado en esta casa: ni mi papito, ni mi mamita, ni esas cosas (mis hermanos, Beltrán y María), ni el canario, porque no tenemos. Y menos hámster, porque hacen ejercicio a las doce de la noche (anda a tomarte tu melatonina, hámster). En

eso estamos, en cuarentena, chatos del chate-
río más chato. Tan chato que estoy por creer
que la tierra es plana -y chata-, como noso-
tros.

Cuando partió esto de la cuarentena, parecía
una aventura. Sin broma, onda: ¡*Yes*, no hay
clases! +no se puede ir al dentista (ja ja, lero
lero) +papá cocinando puras cochinadas +an-
dar con pijama todo el día. Y sí, pero cuando
la cosa se repite, repite, repite y repite, mejor
que no, mejor que no, mejor que no. Además
que mi alegato es de puro lleno, porque hay
gente que lo está pasando terrible, con frío,
hambre y contagiándose.

Y muriéndose.

Yo, como soy un poco yo yo (= egoísta en
grado *kaiosama*), al comienzo no me daba
cuenta de que esta comedia (para mí), era
una tragedia (para mucha gente que no son
yo). Hasta que un día mi papito llegó a desa-
yunar con los ojos rojos como tomates cherry
(esos pigmeos). Y mi mamá, preocupada, le
preguntó:

-Julio ¿ya estuviste viendo el comienzo de
“Buscando a Nemo” de nuevo?

-No mi amor. Es que ayer se murió una escritora que yo conocía. Y que era súper simpática. Y que había escrito un libro de un tiburón que iba al dentista, que me daba envidia por lo chistoso que era. Era ídola ella.

-¿Fue por el SARS-CoV-2?, preguntó mi hermanita genio María.

-Si, fue el coronavirus, respondió mi papá, todo lloroso.

Entonces no sé si por contagio de la pena, como que terminé de hacer el *downloading* de en qué estábamos. No era chiste. La gente se moría. De verdad.

Y eso del “falso positivo” lo escuché en la tele. Es algo como que parece que estás enfermo, pero no. O sea, como yo: que parezco lesa, pero finalmente ni tanto.

Digo yo.

Apóyenme, plis.

REVISANDO EL CASTING

Antes de entrar en esta serie tipo Netflix eterno con mil temporadas (como un GTA XXXIIIIV 1/2), creo necesarísimo revisar a los actores de esta dramedia (drama + comedia, ¿ok?). Los adultos de la casa siguen siendo los mismos de siempre -después de sobrevivir a tantas situaciones extrañas-, mi madre Rosa y mi padre Julio. Ella, especialista en flores y él en comida, aparte de escribir libros para niños. Por eso la terrible pena que le causó la muerte de la inventora del tiburón con caries, era que no (es sensible).

Y antes había sido -me enteré tarde, para variar- por un señor que escribió un cuento de un gato guatón que le enseñaba a volar a una gaviota (es cuento, porque o si no se la comía, doh).

Entonces, esos -las unidades parentales- son los “adultos”.

Después vienen los niños. Primero, el primero: yo, Julito. Después, el del medio, ese ¿Cómo era que se llamaba? Ah, Beltrán. Y, finalmente, la guagua, pero que no es de las típicas en estilo de llorar/comer/hacer caca, porque nació con más neuronas inteligentes que todos los Cabello juntos. Esa es la María, que ya habla como tres idiomas pero igual hace caca en castellano (jaja, mal chiste, pero no puedo evitarlo). Mis papis se dieron cuenta ahora, en medio de la cuarentena, de lo superior de mi hermanita y les pareció de lo más normal. ¿Será por el encierro, esto de creerse en medio de la ciencia ficción, ah?

En nuestra casa funciona además un restaurante, que está cerrado desde que empezó la cuarentena. Que partió con comida peruana, siguió con comida de Haití y ahora no tiene comida, porque está cerrado (obvio).

Y mi papá sigue con sus ideas.

-Mi amor -le dijo mi papi a mi mami, justo cuando nos prohibieron salir- ¿te acuerdas de cuando te propuse que hiciéramos un bunker subterráneo con 14.000 latas de comida y agua como para tres años?

-Sí mi amor, si me acuerdo. También me acuerdo de cuando querías tener un criadero de dragones de Gila y cuando querías hacer una pastelería para perros veganos.

-Soy un adelantado para mi época.

-Sí mi amor. Por eso también querías congelarte para llegar a “tu” época, dentro de ese refrigerador gigante del restaurante, ¿te acuerdas, amorcito mío?

-Esa sí fue mala idea, porque no era estirado y después me iba a despertar con dolor de cuello.

-Sí, mi amor.

¿Se han dado cuenta de después del tercer “mi amor” hay que ir a refugiarse a las trincheras, porque algo va a explotar, y no de amor?

Por lo mismo Julito sobreviviente, yo, ese día me fui de cuarentena dentro de la cuarentena. A mi dormitorio. Porque además la casa estaba pasada a cloro. Y me comuniqué con la única persona cuerda que conozco, mi amigo Aaron.

YO: Aaron, ¿qué onda con la cuarentena?

AARON: Hum.

Y hasta ahí no más llegamos.

Como que el Aarón vive en cuarentena permanente verbal con el mundo ¿no?

EL DÍA UNO

Igualito que muchas películas de zombis, los que están al mando del país al comienzo no se la creían. “¿De verdad que una abuelita se comió a su poodle? Ah, no, eso no es zombi... o a lo mejor le gustaban más los poodles que los boxers, ¿no cree, señor periodista? ¿Y hay gente que anda por la calle arrastrando las patas y comiendo cerebros? Ah, mire usted, es que a lo mejor el Burger estaba cerrado, pobrecitos ellos”.

Entonces, desde que alguien hizo cazuela de murciélago (y que mi papá intentara conseguirse uno, porque quería saber su sabor, doh), comenzó la repartición de este bicho que partió en China y que se fue de *delivery express* para todo el resto del mundo mundial. Y mientras en otros países estaba la tremenda, con miles de contagiados y de muertos, por acá se escuchaba un tremendo cri cri.

Hasta el paciente uno.

En mi casa, mi mamá ya estaba ordenando a sus gusanos de la lombricompostera (una caja que llenamos de basura “especialmente seleccionada” para esos bichos, sus “chiquillas”, como si fuera lombrirrestaurante la cuestión). Aparte, ya había aprovechado la caquita de sus chiquillas para hacer un huerto con harto tomate y lechuga.

-Mamita querida de mi corazón, ¿de verdad tú crees que vamos a alcanzar a cosechar esos tomates?

-Julito, nuestro futuro depende de ello.

Uuuuuuuh. Escalofrío. ¿De verdad mi mami se siente como en esa película rancio/apocalíptica de Terminator y ella como la Sarah Connor de los tomates?

Como que empecé a preocuparme en serio. Y fui a hablar con la persona más seria de la casa: la María (¿mi papi, el más serio? Jj-ffsssjjjejaja).

-Oye cabra chica, ¿Cómo crees que viene la mano?

-Dura. Al comienzo van a decir que no hay

que preocuparse, que puro hay que lavarse las manos como una hora y media -y cantando, además-, sacarse los zapatos afuerita y que luego vamos a poder tomar cafecito en un restaurante, pero mis cálculos me dicen que vamos a estar como cien días encerrados.

-Les pones color, mínima hermana.

-Mira, tú ni sabes calcular el precio del dólar para comprarte juegos para la Play, así que más respeto.

Parece que me había visto sacando cuentas con los dedos de las patas (es que los de las manos son tan poquitos, ¿no?).





LOS HOMBRES DE LA CASA

¿Cien días encerraditos? Eso es muy re mucho. Imagínense que a Colón lo querían hacer sushi cuando llevaban dos meses y nueve días arriba de las carabelas esas (cuando chico yo pensaba que eran calaveras, brrrrr), sin ver la famosa tierra tierra y tal (gracias Wikipedia). Y cien días son como treinta más que don Colón. Y sin moverse, aunque te regalo el mareo, el agua pudriéndose, la comida con caca de ratón y que se te caigan los dientes por el escorbuto (Wikipedia, te amo). Ya: mejor sin gaviotas y encerraditos no más.

-Papá, ¿cómo crees que va a ser esta cuarentena?

-Ay, hijo, gracias por ofrecerme esta oportunidad de comunicación padre-hijo. La verdad es que no sé. Una vez tuve hepatitis y estuve aburrido más de un mes en la cama, hediondo y caluroso por la fiebre, y no podía

comer nada. ¿Irá a ser así? No creo. Esa era hepatitis y este es coronavirus. Y antes la tele era en blanco y negro y no existía Netflix, ni Amazon, ni otros canales que ni conozco. La verdad es que creo que igual hay que acaparar comida, porque no tenemos idea de cuánto va a durar esto. ¿Un par de semanas? Pero de más que hay gente loca y deprimente que va a decir cien días o más, ¿no crees, hijo mío de mi corazón?

-Ya papá, gracias por tranquilizarme tanto. Chaíto.

Entonces fui a buscar al Beltrán, que igual tiene hartos contactos en internet, desde que fue campeón de un videojuego en línea, como dos libros atrás.

-Hola bro. ¿Qué dicen tus amigos del mundo mundial sobre la cuarentena?

-Bueno, podría darte un panorama detallado de la evolución mundial, gracias a mis amigos virtuales, pero te lo resumiré en análogo: vamos a estar como cien días encerrados. Así que prepárate.

-Glup. Gracias.

Pero ¿cómo se prepara uno para una cuarentena? Mis papás están más o menos claritos con el tema de la comida, pero los niños. ¿Qué hacemos los niños encerrados todo el día?

Bueno, molestar a los papás, obvio. Pero ¿qué más, qué más?

Hum.

SAN EXPEDITO VIRTUAL

Es chistoso que los profes puro usan el mail. Seguro que también tienen puro Facebook, que es más lentito también. Jojojo.cl. ¿Tírate un paso? ¿ya llegó tu tiburón? Jojojo.com. Igual a ellos hay que cuidarlos y respetarlos, ojo piojo, porque son los poseedores del saber antiguo fósil milenario (y también ponen las notas, brrrrrr).

Pero fue bien raro (mi palabra favorita que me tatuaré cuando sea mayor), porque todo empezó con la cuarentena/terremoto y las clases virtuales llegaron un buen rato después, tipo aula virtual/maremoto.

Fue igual que en la tele. No una ola gigante y alta como edificio que llega de una y adiós, sino como ese tremendo mar que avanza bien bajito y muuuuuy hacia adentro, dejando todo húmedo de una humedad que nunca va a volver a secarse como antes (honguitos y algas *forever*).

Y los profes arrasaron (con nuestra tranquilidad). Chorrocientas guías, documentos anexos, cosas para ver, cosas para leer, cosas para sentir y cosas para agotarse. Llegué a soñar con las guías y guías y guías y con el gato intruso del profe de Lenguaje, el Cogote de Goma (que movía el cogote más todavía vía Zoom). Ah, y el gato se llamaba Marca-libros. Oh, pero qué nombre más ingenioso y literatoso, oh (aunque me lo imaginé “marcando” los libros con su pichí y ahí me pareció todo ok).

Cada profe inventó un estilo para hacer sus clases, menos el inspector Veloz, que no tuvo nada más que inspeccionar (pobre). Y el profe de gimnasia, que intentó hacernos clases, pero que después de los primeros accidentes (trotar con zapatillas peludas = *danger*), prefirió dejarnos engordar para dedicarse a volver a limpiar su colección de figuritas de acción (en serio, puros GI Joe y He Man. No es broma. Penita).

La que peor lo pasó fue la profe de historia, que es bien histórica ella y de repente hacía toda la clase con el micrófono en *off* (y después, en cambio, la escuchábamos cuando

iba al baño, OMG). Y a la que no había cómo apagarla fue la profesora de música, que descubrió TikTok.

Como que hay una edad para cada app ¿o no? ¿Así que querías hacer clases virtuales, Esperancita? Serán con notas virtuales, maldita criada, jajaja.

Igual, al comienzo no se enteraban mucho de que estábamos en cuarentena, navegando arriba de nuestras carabelas (metáfora) y con lo que había adentro no más. Y dale con pedir que imprimiéramos cuestiones, si no-ha-bí-a-tin-ta. Tampoco hojas tamaño carta. Y no había un montón de cuestiones en los primeros días de encierro.

Mi mamá:

-¡¡¡Se acabó el clorooooo!!!

Mi papá:

-¡¡¡No hay levadura para hacer pan rústico artesanal!!!

El Beltrán:

-¡¡¡No hay cereales de receta original!!!

La María:

-¡¡¡No hay pañales!!!

Ah, no. No hay salud, digo yo.



EL LADO POSITIVO DE LA VIDA

Durante la primera semana, igual andábamos todos algo más que animados. Es que todavía teníamos energía, pues. Y el encierro era novedoso, poh. Mi papi empezó a hacer recetas experimentales, aunque por suerte no había *delivery* de ingredientes raros, así que le duró poquito (igual alcanzó a hacer un curry grado demonio con acidez estomacal). El problema es que al final sí consiguió levadura, y harina, así que comíamos sus panes recién hechos en la mañana, en la once y en la noche (no paraba).

Al rato no nos cruzaban los pantalones, así que hubo que aplicar pijama elasticado por dignidad (siempre digno, nunca indigno).

Mi mamá en cambio estaba preocupadísima de la “rutina”. Eso era que nos levantáramos y nos bañáramos TODOS los días (y eso que hay sequía... incomprendible lo tuyo madre,

qué poco ecológico). Nos daba el desayuno al mismo tiempo y nos sentaba frente al cumpu a Beltrán y a mí, mientras agarraba a la María y se la llevaba al patio, para que la acompañara a remover la tierra, a hablarles a las lombrices (¿les cantaré “La cuncuna amarilla”, digo yo? Fome, *sorry*) y a cuidar los cultivos que nos darán de comer si la cuarentena sigue.

Yo, que igual soy una persona positiva frente a la vida, puse en atención a una clase del Cogote de Goma en que nos enseñó algo muy japonés. No a hacer sushi, porque su tema es el Lenguaje, no el comistraje, nerds. Lo que nos explicó es una cosa que se llama haikú y que son unos poemas ultra cortos, así que uno puede ser poeta instantáneo como las sopas con fideos Maruchán.

Como mi plan era ser positivo, igual me apliqué para ser un poeta Maruchán (de queso, mi favorita). Y esta fue mi obra maestra:

Coronavirus

Contagioso mucho oh

Toy aburrido

Estoy más pachón

Tallarines con salsa

Atún con arroz

Hediondo a cloro

Re chato del Lisoform

Peos sin olor

Minecraft me chateó

Me di vuelta los juegos

Callo en el pulgar

Ya vi diez veces

Señor de los anillos

Gandalf apesta

Oh cuarentena
Apenas salga
Coopero con un whooper
FIN

Y después dicen que es difícil ser artista y que hay que andar esperando que lleguen unas hadas a dictarte los poemas en la oreja. Seguro canguro.

Aunque igual no las escucharía, porque tengo tremendos tapones de cera. Jajaja.

Que manden un whatsapp mejor. Moderní-
cense, gallas.



CHEQUEANDO EL MICRÓFONO

Como les iba contando, al comienzo igual esto parecía glorioso magnífico maravilloso, pero no. Por suerte todo el rato me educo y aprendo y me doy cuenta de lo idiota que puedo ser (*autobullying*, lo acabo de inventar). Porque al comienzo eran los otros países los que estaban encerrados y llenos de ese bicho. Y nosotros nones. Pero acá, en vez de prepararse, puro se dijeron que eran pulentos y magníficos. Entonces, cuando comenzó a toser la gente, dijeron que había semi encierro y semi cuarentena, pero el coso mortal estaba a *full*. Y el coronabicho dijo “esta es la mía” y aquí estamos. Encerrados. Si hasta para sacar al perro, que no tenemos, hay que sacar permiso.

JULITO: Hola Andrea, che.

ANDREA: Hola Julito. ¿Muy encerrado?

JULITO: Tú igual ¿no? No te hagas la libre como pájaro.

ANDREA: No pues. Aquí estoy, en mi jaula. También estamos en cuarentena por acá, Julito. Me pilló justo visitando a mi papi en Buenos Aires.

JULITO: ¿Y cuándo te vuelves?

ANDREA: ¿Me extrañas?

JULITO: Eh, un poquito.

ANDREA: Di la verdad.

JULITO: Un poquito mucho.

ANDREA: Pucha que te cuesta, ah. A ver si vuelvo por allá un poquito mucho alguna vez.

JULITO: ¿Ya les han dicho hasta cuándo?

ANDREA: No. Pero mi papá se está preparando como para cien días. Compró comida como para una invasión zombi.

JULITO: Inviten para el asado.

ANDREA: Ya. Oj oj. Ya salió el Julito de siempre. Chaíto. Date cuenta de que esto es grave, que es una epidemia mundial.

JULITO: Cof, cof.

ANDREA: Ah no. Chao nerd. Anda a ponerte una mascarilla en el cerebro. Bye.

¿Me acaban de decir que tengo ideas infecciosas?

Snif.

LOS ABUELOS LEJANÍSIMOS

Cien días. Toda una vida (bueno, para la mosca del vinagre, son cien vidas: Animal planet). Y allí estábamos, mis papis, mis hermanos, las lombrices y listo. Nada de abuelos, de los que nunca he hablado en mis memorias prematuras, porque un par de ellos vive en una isla lejanísima en el ultra sur, y el otro par ya cooperó con la otra vida (y no me dan penita, porque puro los vi en fotos y nunca los olí ni me malcriaron con dulces y eso. Nunca tan insensible, oiga). Entonces, como las noticias insisten en que existe un tipo de gente que puede sumarse más a las cifras más negras de esto, mi papá ha intentado comunicarse más con sus papás, cosa que antes nunca tanto.

Y no es que mi papito sea un mal hijo, no. Es que mis abuelos viven como si estuviéramos en la Edad de Piedra. En serio. No tienen luz,

cultivan papas, se bañan en el mar ¡y encuentran rica el agua gélida, que es onda pichi de pingüino (¿aunque ese sería medio tibiecito? Investigar)! Tienen una cabaña de puro palo, nada de cueva decorada con pinturas de manos y eso. Tampoco se visten con pieles, no le pongan. Son como hippies, pero viejos, de los originales (no como la dire del colegio, que toma su café con leche de almendras orgánicas cosechadas bajo la luna llena, galla).

-Oye papá, ¿por qué no vemos nunca a los abuelos?

-Los vieron harto cuando eran chicos y vivían cerca, pero ahora que viven lejos no vienen porque no quieren contaminar con combustible fósiles y eso de la huella de carbono.

-Pero podríamos verlos por el compu, digo yo.

-No tienen, porque los espían, dicen.

-¿Y si le ponen un parche curita a la cámara?

-Es que no es sólo que los vean, Julito, sino que sepan qué buscan en internet, qué compran, qué escriben, cómo son. Así que no tienen computador. Y después de mucho pe-

lear, conseguí que tengan un celular Nokia, de esos negros que pesan como medio kilo y que sólo sirven para llamar. Pero como viven en la mitad de la nada, tienen que subir un cerro para poder hablar. Y eso lo hacen una vez al mes, cuando hay luna llena.

-Uh, qué místico, papá.

-Nada que ver. Es para que no se caigan en el camino, porque tampoco usan linternas, porque las pilas...

-Ya entendí, ya caché: la huella de carbono, la contaminación y tal.

-Pero qué inteligente.

-Hijo tuyo no más. Y ahora suelta luca...

-¿Qué dijiste?

-Ay, nada papi, que se te corrió la peluca.

-¿Cuál peluca?

-Nada, nada, sigamos hablando de los tatas. Y ¿cómo están?

-Bien, mira tú. Como el ser humano más cercano está como a 80 kilómetros, no tienen que usar mascarillas ni alcohol gel ni nada.

Tienen agua y comida, leña para todo el invierno y todavía se quieren mucho, así que da lo mismo que tengan un hacha.

-Pero qué tranquilizador ¿no?

-¿Cierto que sí?

Y ya: no sólo el Aarón vive en cuarentena vital al parecer. A lo mejor habría que ir a visitar a los abuelos una vez que se termine todo esto.

Aunque tienen un hacha... brrrrr.

A portarse bien no más.

¿Tendrán un Totoro propio, ah?

Puro pienso tonteras...

LA NO ARCA DE NO NOÉ

Si alguien piensa que van a pasar muchas cosas en esta cuarentena, está equivocado. Porque esto ha sido como pasar de “Rápidos y furiosos” a lentos y depresivos. Porque no parecemos una peli, sino una obra de teatro: fomeque y puro hablando, sin efectos especiales (aunque el otro día salió humo negro verdoso, porque se quemaron unas galletas de brócoli que había inventado mi papi. Salvados). Así que en eso estábamos, los cinco personajes, cuando escuchamos un ruido extraño.

Estábamos desayunando, así que puro se oían los pajaritos (y pucha que HAY pájaros ahora que los humanos desaparecimos. Igual da su poco de sustito). Pero de algún otro lugar salía un ruido extraño, como de puerta oxidada abriéndose (y no era mi papi haciendo ejercicio, ojo).

-Silencio familia-, dijo mi mamá en modo ruda. Y les juraría que hasta el gorrión guatón de la ventana hizo pip inspirando hacia adentro (algo como ifffffp).

Entonces todos los Cabello nos pusimos en modo radar. O sea, como levantando la pera, poniéndonos las manos alrededor de las orejas y moviendo la cabeza, en la búsqueda de ondas ruidosas (ridículos en grado TikTok). Fue entonces que la María, linda y suavecita, nos dijo:

-El ruido viene de afuera, en la puerta, nerds.

Y todos salimos rapidito hacia la puerta, porque somos nerds (menos la María, que además camina como guagua, o sea, en modo lento/Godzilla, pero pigmeo). Y al abrir la puerta nos encontramos con...

- a.-El presi repartiendo cajas con comida.
- b.-Una señora estirando la revista Atalaya.
- c.-Un regalo sorpresa de cien donas gratis.
- d.-Un perro chicoco todo hediondo, pegote, con unas manchas como de sangre y todo lloroso, con carita de gato de Shrek, pero en formato perro.

Bueno, después de sacarnos una *selfie* con el presidente y comernos todas las donas y decir que, perdón, pero no sabemos leer...

Ya, ok, después de recoger al pobre perrín lo llevamos para adentro y al mismo tiempo nuestra mamá se ponía en modo ninja animalista:

-Tú, mueve los muebles, tú anda al baño y llena la tina, tú pon papel de diario en el suelo, tú anda a buscar el champú, tú anda a buscar las toallas viejas que iba a usar para trapear, tú deja de mirar, Julito.

Ups.

Por suerte el perrito, porque tampoco era tan XL, se dejaba llevar y bañar y secar. A veces como que se quejaba un poquito, pero no se le veía ninguna herida. Y era que no.

-Oye, el agua quedó con olor a ketchup-, dijo la sagaz María.

Ajá. O sea, era la evidencia de un asalto “mortal” (dedos haciendo comillas) al basurero del McAlgo o del Burguer Coso, estimado Watson. Nada *gore*, nada de accidentes. Y nosotros en *full* plan rescate animal. Ri-dí-cu-los.

El tema es que nuestra obra de teatro tenía un nuevo actor. Y bien actor, porque después ni se quejaba y estaba bien feliz moviendo su cola de plumero de ultra quiltro.

Simpático el bicho, nada que hacer.

-¿Qué come este tipo de mascota?, preguntó, obviamente, mi papi.

-Comida, dije, aportando.

-Iré a preguntarle a mis socios de ese maravilloso proyecto que nunca fue, el de la pastelería para perros veganos. Porque mientras más quiltro, más *hipster* ¿o no? Chaíto.

Mientras tanto, mi mami ya estaba llamando a la Tienda Perruquería Can Can (donde tu perrito quedará ¡guau!, dicen ellos), para pedir como 15 kilos de pellets, porque la cara de hambre del perro, te la regalo.

¿Y habrá peluquerías de gatos?

Sería suicida, creo yo. Además que ellos igual se lavan... hasta allí abajo con la lengua.

Asquito, gatos. Los prefiero cochinitos y que no hagan esas cochinadas.



BAUTIZANDO A PERRITS

Aparte de comerse/tragar rápido siempre toda la comida de la mesa, toda la familia Cabello estaba absoluta y nuevamente unida en su nueva misión: bautizar al perrito.

Como era de color cafecito, por ahí partimos. Y mi papi, obvio, con puros nombres comestibles:

-¿Y si le ponemos manjar, o cuchufli o barquillo?

Después ni me acuerdo de cada autor creativo individualizado, pero nos movimos entre los siguientes bautizos perrunos:

-Lucho.

-Tiro al aire.

-El perro del gas (es igualitooooo).

-Cola de plumero.

-Guau (oh, pero que ingenioso... fui yo. Pffff).

-Firulais.

-Cachupín.

Y en eso estábamos, mientras el perrito nos miraba a uno, y después al otro, y a continuación al siguiente que inventaba otro nombre espantoso. Hasta que de repente lanzó un mini ladrido, como para dentro (igual que cuando yo me tiro un chanchito y ando tímido) y se puso a languetearle la mano a mi mamá. Y después la de Beltrán. Y la mía. Y en medio de esa escena entera perruna *kawaii*, la María dijo la palabra mágica:

“Lengüita”.

Y así quedó no más. Y nos olvidamos al tiro de que fuera a llegar a ser, alguna vez, un mega perro guardián (“Mucho cuidado con... Lengüita”, jaja), o un perro policía (“he aquí el sargento... Lengüita”) o un doble de película de acción (“esta peligrosísima escena de la explosión la filmaremos con... Lengüita”).

Con la llegada de Lengüita, nos sentimos más como en un Arca de Noe.

Aunque nuestra nueva mascota había llegado sola.

Todavía.

Y por suerte que no le pusimos el nombre después de verlo hacer del número dos.

Porque tener un perro llamado Mojoncito, no es lo que digamos finito.

LECCIÓN UNO DE ESTA CUARENTENA

Como efecto dramático, detendré el relato para ir desgranando (tipo choclo, no tipo puntos negros, aj) algunas enseñanzas aprendidas durante este encierro forzado. Digo yo, para que algo hayamos aprendido después de tantos días, poh.

Lección uno: el agua es escasa y hay que ahorrarla.

Hediondito será, pero muy ecológico, también.

Gran aprendizaje (aunque mis calcetines caen parados cuando me los saco).

Vamos que se puede, aunque pucha que huele.

Y mal (pero reciclable y biodegradable, ojo).



HAY ALGO ACÁ ADENTRO

Ha cambiado MUCHO la onda en nuestra casa, y muy RÁPIDO, porque las únicas mascotas que teníamos eran las lombrices (empatía cero) y ahora anda Lengüita dando vueltas por toda la casa. Y puro quiere jugar y se esconde y se pone guata arriba para que le hagan cariño y el otro día se robó un tremendo pedazo de queso, que nada que ver con un bistec, pero yo creo que lo hace porque si hay, hay que pelárselo no más. No es que quiera hacerse un picoteo para él solito, obvio. Ni una pizza perruna, obvio. Ni unas quesadillas, obvio.

O unas perradillas. Fome. *Sorry*.

Obvio.

Pero es que el pobre Lengüita lo debe haber pasado pésimo. Una vida de perros (ay, ya lo sé: estoy en modo metafórico/fome). En-

tonces, ahora que está entre puros humanos cuicos (para él, porque según mi papi, nosotros somos de clase media), nuestra nueva mascota aprovecha todo lo que la vida le pone por delante. Además que, de más, cree que lo que encuentre es parte de su sueldo, porque se cree perro guardián oficial, y todas las mañanas hay que abrirle la puerta cuando ni ha salido el sol, porque quiere salir al patio de adelante a ladrar. A defendernos.

Y después de asustar a los posibles ladrones (jura), rasguña la puerta, hay que abrirle y se va a tomar como dos litros de agua y a desayunar. Porque se lo ganó, debe pensar.

¿Se imaginará Lengüita que él es como una mezcla entre dóberman y rottweiler medio policial/ovejero y con una pizca de faldero, para ser -finalmente- duro pero sociable igual?

Ay, no sé, pero la verdad es que en esta casa/carabela antes había días en que todos andaban con un humor de perros (oh, tanta metáfora suelta) y ahora, basta que Lengüita se ponga guata arriba y es como terapia exprés.

Pucha el quiltro tierno, oh.

Y HAY ALGO ALLÁ AFUERA

No pasaron ni dos días con Lengüita, cuando se escuchó otro sonido orgánico en nuestra puerta de entrada.

¿No será como mucho? Hasta nuestro perro guardián levantó su cola de plumero (ridícula =tierna iguals) y como que apuntó con la nariz en esa dirección, como si él fuera un perro de caza (otra de las múltiples personalidades que Lengüita cree que viven en su interior).

Nos movimos en onda grupo, grupo familiar, y fue el líder del grupo quien abrió la puerta.

La líder. Mi mamá, obvio.

Y lo que había allí era:

Un gato.

No “una” Lengüita, como en onda Arca de Noe, salven el pellejo en parejas y eso. Nop.





Lengüita como que gruñó, pero muy bajito. Es que tampoco podía ser poco solidario con otro animal *homeless*, creo yo que pensó. Se vería muy mal ser mala onda con otro bicho en desgracia, como fue él unos días atrás.

Lengüita = Buda. Eso.

“Miauuuuuuuu”, soltó el gato bien llorón. La verdad es que estaba más cochino que yo (y eso es MUCHO), como con unas rastas que le salían del lomo. Y una de las patas la tenía como doblada, aunque se supone que los gatos son como de chicle, ¿no? Bueno, parece que este era medio tiesito, así que creímos que se había quebrado algo. Y dale con el “miauuuuuuuuuu”, que nos tenía a todos super preocupados (hasta Lengüita miraba con cara de dotor).

Así que agarramos (mi mamá, como líder indiscutida del clan cavernario) al gato y nos entramos. Le hicimos (el Beltrán fue, porque yo me estaba sacando justo un mosquito) como una cama con una frazada vieja. Allí depositaron al gato maullón, que antes de una hora se había vuelto harto más calladito.

Y nos miraba, y nos miraba, con unos ojos

del terror. Y no es que él sintiera terror, ojo. Nosotros teníamos que sentirlo...

Eran dos. Grandes y claros, profundos y transparentes.

Como de película onda Anabelle, pero en peludo.

Me acabo de hacer pipí de puro chusto. Pero un poquito no más. Ni se nota.

En serio.

Quedó una manchita igual que un Pacman en mi calzoncillo.

Ya. Basta.

LECCIÓN DOS

(para que cachén que crecí)

Los humanos debemos cuidar y proteger a todas las criaturitas del señor.

Eso. Porque siguiendo en la onda ecológica, nos tocó cooperar porque somos los máximos depredadores de toda la ecología del mundo mundial (aunque si llega un puma con hambrita, ahí te quiero ver).

Y esto me quedó en claro al conocer a Lengüita. Y un poquito menos con el gato satánico ese.

Voy a revisar si tiene un puñal debajo de la manta. En serio.

Voy a esconder el cortaúñas también.

AY, MI PAPI

Un nuevo día y un nuevo desayuno en la casa Cabello. Uno más, igual al de ayer, al de anteayer, al que vino antes y al previo. Lo único que cambiaba en el paisaje interior de nuestro hogar eran las dos nuevas mascotas y el tejido de mi hermanita María, porque ahora teje (pero si es superdotada, aunque sin cabeza deforme Megamente por suerte. Tampoco es azul, por siaca).

Y ahí estaba dándole a los palillos, haciendo algo largo y de varios colores.

-¿Qué estás haciendo, hija mía? ¿un homenaje tejido a mis lombrices?- preguntó mi madre.

-Nop. Es algo que me pidió el papá.

Ahí se prendió la alarma de mi mami. Porque si algo tenía que ver con mi papi, era, como mínimo, ridículo. Y como máximo, podía lle-

varnos a la quiebra. Ridículamente, además.

-¿Y qué sería, ah?

-Una bufanda. Y me pagó por adelantado.

-No quiero saber cuánto. No quiero no quiero no quiero. Y ¿es de una casa de Harry Potter?

-No pues mamá. Mi padre no es TAN obvio. Es la bufanda del cuarto Doctor Who.

¿*Who*? O sea ¿quién, ah?

-Hay alguien que nunca madura en esta casa, y no es Lengüita- dijo suspirando mi santa madre mientras se retiraba mirando a nuestro can, que cada vez que escucha su nombre comienza a mover el plumero.

-Y ¿quién *who* es ese doctor Who, María, hermanita mía?- tuve que consultar, porque mis conocimientos de cultura popular llegan hasta la primera temporada de Peppa Pig.

-Ay hermano. Es una serie inglesa de ciencia ficción que lleva casi 900 capítulos. Y como es tan larga, van cambiando al protagonista. Por eso nuestro padre me pidió la bufanda que usaba el cuarto doctor Who, el que salía en la tele cuando él era chico.

-Me siento iluminado por este baño de cultura que me has dado, hermana mía.

-Julito, tú eres impermeable al conocimiento.
Chao.

¿Tendría que sentirme ofendido?

¿*Who, moi?*

EL TIEMPO ES RELATIVO

Como dijo ese viejo que se sacó una foto sacando la lengua, todo es relativo (Einstein fue, para quien sea igual de impermeable que yo). Así que el tiempo como que no avanza en cuarentena. O sea, se suman los segundos, los minutos y las horas, pero igual estamos igual. Como que nos sacamos el pijama para que parezca que algo avanza y cambia, pero es como una ilusión (Julito filósofo *meets* Julito metafísico). Al comienzo mi hermano Beltrán estaba feliz, porque iba a jugar todos los juegos que no había podido. Y ya se los dio vuelta todos. Ya no quiere ver un zombi más, porque además nosotros parecemos muertos vivos de verdad verdad. La María dale con sus tejidos y mirándonos como si fuéramos sus mascotas humanas en cautiverio o como si estuviéramos en un documental. Mi mamá, intentando llevar el orden, sigue despertándonos para las clases por compu y sirviendo invariablemente la comi-

da a la una y a las siete, para que en nuestro encierro no parezca que todo es demasiado relativo.

Y mi papá, en lo suyo.

-Ya. Logré que mis papás se comuniquen conmigo una vez a la semana. Lo aburrido es que allá no pasa nada, así que no tienen nada nuevo que contar. O sea, les salió otra arruguita, o se pusieron un poco más fósiles, o se cayó una manzana de su árbol o el chanchito andaba de mal genio. Eso no más. Les propuse que hicieran desafíos, digo, para que se entretengan (y yo también), pero no entendieron mucho de qué se trataba. Es que están tan viejitos, ¿no?

-¿No será que aún piensan, mi amor?- preguntó mi mamá.

-No lo sé. Porque yo les explicaba eso de echarse un cubo de agua con hielo o de comerse un cactus incendiándose, pero como que no me entendieron.

-¿No será que no quieren cambiar el celular básico? ¿O será que no te pescan, querido?

-Pero ¿cómo tanto maltrato infantil?

-Fuiste niño hace ratito, Julio. Pero en fin. ¿Y cómo están?

-Bien. Su chanco anda medio depresivo, pero ellos sí están de lo mejor me dijeron. Aunque igual me preocupan, porque son tan poco comunicativos. Puro me querían cortar todo el rato. Como si estuvieran ocupados.

-¿Por qué será, ah? Pero bueno, una intranquilidad menos. Snif.

Y en este momento ustedes se preguntarán porqué mi mami hizo snif. Y fue porque ella no tiene esa misma intranquilidad, porque sus papás están super tranquilos en las puras fotos del pasado.

Snif (ese fue mío).

Y eso que no los conocí, pero el snif de mi mami es contagioso, poh.

DETENIENDO EL TIEMPO

Ya va siendo tiempo de una nueva descripción general de la situación, digo yo, aunque nada cambie al parecer. ¿O estoy equivocado de nuevo, para variar (aunque nada varía, ojo)? A ver:

-Mi papá. A veces cocina (bu), a veces pide comida (yes!). Una vez encargó unos quesos franceses que olían peor que yo siendo zombi, lo que va contra todos los derechos humanos, opino. Al comienzo de la cuarentena dijo que era la oportunidad de terminar de escribir su mejor libro, pero esta oportunidad se ha ido desinflando con los días (mientras él sí está más infladito, jej). En cambio ha optado por ver todas las maratones de serie imaginables, hasta las de monitos animados (¿por qué será que esto último no me extraña?). Lo quiero igual.

-Mi mamá. A diferencia de mi papá, va apro-

vechando las verduras para que no se echen a perder, así que cocina todo el rato. Y más sanito (buuu, bu-eno, ya, ok), mientras nos da de comer a nosotros y a sus chiquillas de la lombricompostera con las sobritas. Intenta ser la adulta todo el rato, aunque a veces la veo superada (por ejemplo, cada vez que llega un nuevo paquete de algo que compró mi papá). Estuvo preocupada de doña Clementina, que es la señora jurásica que nos ayuda, pero al final averiguó en su Facebook -si hasta los viejos tienen, jaj- que ella estaba feliz en su pueblo del campo con su vejete, don Luis. Además que andan con escopeta por si algún capitalino contagioso se aparece por allá. Así que mi mami quedó tranqui y volvió a concentrarse en su defensa intransable de la limpieza y de los horarios. A veces es algo catete (MUCHO), pero la quiero igual (es que soy tan cariñoso, uwu).

-Mi hermano Beltrán. Es raro lo que ha pasado con este coso. Primero estaba super feliz con la cuarentena, haciendo planes para jugar sin límite y comer cochinas sin parar, pero al final como que se ha ido poniendo menos digital y más análogo. Aunque igual creo que hay días en que nos ve como en cuadraditos,

como si fuéramos un Minecraft tamaño humano (una vez lo ví y como que estaba usando una picota del juego, invisible, sustito). Tengo que fijarme más en él (hermanito mayor, yo), porque cuando lo veo haciendo un paso de Fortnite no sé si alegrarme, porque se anda moviendo, o preocuparme, porque el otro día en vez de decir que se había cambiado la polera, dijo que se había puesto la *skin*. OMG.

-Mi hermanita María. Me da susto. Ay, ya, no. Pero como es tan inteligente, creo que es la que tiene más en claro todo lo que pasa, mientras teje y teje. No me extrañaría que haya aprendido chino mandarín y ruso durante el encierro. ¡El otro día, cuando le limpiaron el poto dijo “*xie xie*”! (es “gracias” en chino, dignorantes, aunque igual lo sé porque le pregunté, obvio).

-Lengüita. Es perfecto y puro reparte buena onda, como si ladrara arcoíris. Nunca la ridiculez había sido tan bienvenida en la familia Cabello (aparte de mi papi).

-El gato. Habrá que investigar. Julito espía irá en misión secreta a descubrir qué onda con el gato. Pero antes:

LECCIÓN TRES

La moda no incomoda. O sea: el pijama también es ropa, cabres.

He descubierto, al fin, para qué servían los bolsillos en mi pijama (para la servilleta de papel con mocos).

Y tengo que tomar nota: gran idea para venderle a Jordan: que haga una colección de zapatillas peludas.

Aunque ya te veo resbalándote en la cancha de basquetbol.

Y el ridículo.

Sorry Michael. Me retiraré lenta y silenciosamente, al estilo del otro Michael, el Jackson, gracias a mis silenciosas zapatillas peludas Cabello.

EL GATO

Hay que reconocerlo: tener una mascota nos ayuda a estar más contentos. ¿Habrán pensado eso mis papis cuando nos tuvieron? Aunque tampoco tenemos cola para mover. Pero ya: estoy puro divagando, mientras hay una misión pendiente.

Cachar al gato.

Es extraño que mientras a Lengüita tuvimos que ponerle nombre al tiro, porque los perros hacen caso cuando uno los llama, con los gatos es como plata perdida. Si ni pescan, ni cuando uno dice cuchito cuchito, miau miau o inventa ruidos medio salivosos doblando la lengua como taco mexicano. O como Cheeto rosado (aj). Los gatos son pura indiferencia peluda, aunque en el caso de nuestro nuevo felino, es más aún. Ni nos mira, en serio. Parece que se creyera rey del trap o estrella de la nueva serie Marvel, porque se dirige al

vacío mientras maulla, como esperando que le sirvamos la comidita a su majestad.

-Familia, ¿no les parece que tenemos que ponerle nombre al gato?- dijo, mientras desayunábamos, mi papá (quién más, el de los temas importantes).

-¿Alguna idea, mi amor?- respondió preguntando nuestra mamá, mientras sacaba otra página de nuestro calendario eterno. ¡¡¡Otro mes!!!

-No sé. Estuve googleando en mi tiempo libre, que es mucho se imaginarán, y busqué nombres de gatos famosos. Hay uno que le dictó un libro completo a su dueño, que se llamaba Lobsang Rampa.

-Ay qué rancio. Y no le vamos a poner Lobsang Rampa a un gato.

-No mi amor. Ese era el humano. El gato se llamaba Fifí Bigotes Grises. Aunque pensándolo mejor, este es gato, no gata. Mala idea. También está Zorbas, el que le enseñó a volar a una gaviota, o el gato negro de un cuento de terror tan horripilante que después no pude ni dormir, porque encerraban al gato detrás de una muralla con un muertito, ay, ya

me dio susto de nuevo.

-Pero este gato no es negro, mi amor- aclaró mi madre, suspirando y usando el segundo “mi amor” para mi papi, al que le queda uno más no más.

-Pucha, verdad. Parece que ando daltónico para pensar. ¿Qué gato habrá que sea como cafésoso? Pensaré.

Ahí mi papá cerró los ojos y buscó en el interior de su cerebro.

Debe haber eco ahí.

O a lo mejor ahí están todos los calcetines huachos perdidos.

No quedamos todos calladitos. Hasta Lengüita dejó de mover la cola. Si-len-cio, hasta que abrió los tremendos ojos.

-¡Ya sé! Había una serie de monitos en la tele cuando yo era chico. Se llamaba Don Gato. Y yo la veía en blanco y negro, pero después la vi en colores (hace poco, en mis ratos libres eternos), y hay un gato del color del nuestro. Y se llama Demóstenes.

-Me gusta- dijo la María, sin dar ninguna ex-

plicación extra.

-¿Será porque también es el nombre de un famoso político ateniense de la Antigüedad?- preguntó mi madre.

-Dejémoslo en que es el nombre de un gato de los monitos animados favoritos de mi papi, mejor- respondió el mojón superdotado.

-¡ Ya! Listo. Ya tenemos nombre para Demóstenes -remató mi papá-. ¿Demóstenes, dónde estás? Cuchito, cuchito, venga, venga, Demostenecito, a tomarse su lechita.

Era pura cosa de llamarlo para que se fuera.

Gatos.



DANGER, DANGER

Ahora que tiene nombre, desapareció. Pucha el gato mañoso. Además que si lo comparamos con Lengüita, que es puro amor, más se nota que es pesado el rasta gato ese. Lo bueno es que con la felicidad animal que aporta nuestro nuevo/viejo perro, todos andamos más relajados. ¿Por qué será?

-Es por la Segunda ley de la termodinámica, Julito.

¿Queeeeeé? ¿La María ahora me lee los pensamientos? Aaaaaaargh. Ahora va a saber dónde escondí los cereales receta original y altos en calorías y altos en azúcares y alto ahí (fome), porque nadie más los aprecia como es debido (bueno, el Beltrán, pero yo más). Respira, Julito. Y comunícate con aquello, con tu hermana.

-Perdón Mariíta, pero ¿qué ley de qué cues-

tión y a propósito de qué?

-Es que te veo muy pensativo. Y eso es muy raro en ti. Entonces deduje que estás meditando sobre cómo la presencia de Lengüita nos ha hecho sentir mejor. Creo que eso es lo que te tiene así, porque pensamientos más profundos, más lejanos o complejos que Familia Cabello + Lengüita no creo que se te ocurran ¿o me equivoco?

-Pero no sabes dónde están los cereales ¿cierto?

-No sé a qué viene esa pregunta, pero obviamente que si escondiste algo lo hiciste en el mueble de arriba del refrigerador de la cocina. Porque es allí o debajo de tu cama. Y como la Clementina no ha venido en meses, sospecho que la mugre allí es como una ampliación exponencial de la basura que actualmente hay dentro de tu ombligo.

¿Cómo lo sabe todoooooooo? Hay que cambiar de tema, urgente.

-Ya, pero ese no es el tema, ¿cierto? Por que ¿qué tiene que ver esa ley de los perros térmicos con Lengüita dinámico?

-Ay. En sencillo, hermano mayor: la segunda ley de la termodinámica dice que todo sistema cerrado tiende a su autodestrucción. Y en cuarentena, los Cabello encerrados estamos listos para explotar. Entonces la llegada de Lengüita es como un catalizador negentrópico.

-¿Eso con qué se come?

-Ya. Ponle que con el perro nos relajamos más.

-Ah. Eso sí lo entendí, hermanita.

-Adiós *nerd*. Me agotaste.

-Pero, espera. ¿Y qué vendría siendo Demóstenes?

-Lo de él no es científico. Ese gato es el mal. Chao.

¿Quuuuuuuué?

Ahora la manchita quedó igual que un M&M amarillo.

Que no tiene gusto a pichi, no piensen tonterías.

LECCIÓN CUATRO

Y la lección es: No pretendas aprender en cuarentena eso que nunca aprendiste antes.

-¡Yo no sé nadar!- dijo, adivinen quién.

-Tampoco tenemos piscina, mi amor (oooh, ese fue el tercer “mi amor” acumulado de la semana).

-Entonces podría... aprender a andar en bicicleta, que tampoco sé.

-Pero no te van a dar permiso para salir. Estamos en cuarentena, ¿te diste cuenta?

-Si ya lo sé, oh. Pero es que el saber no tiene lugar y nadie puede detener el avance del saber, ¿cierto?

-Dile eso al carabinero de la esquina.

Y como mi padre es muy obediente, hizo caso. Y tremendo parte le sacaron por andar sin permiso. Como de ene miles de billetes (las multas son en UTM, que no sé qué significa. ¿Será algo como Un Tremendo Millón? No cacho. Cosas de adultos: a-bu-rri-do).

**Se pasó de *nerd* don Julio, mi creador.
Pero fue peor al día siguiente, cuando tocaron el timbre: era la bicicleta que ya había comprado el apurete de mi papi.**

Ni él ni Demóstenes fueron ubicables durante todo ese día. No hubo declaraciones. Adelante estudio.

ASUNTO LENGÜITA

Es verdad que estamos lejos mejor con Lengüita. Pero qué sencillo era y ni lo sabíamos. ¿Habrá *delivery* de quiltros? ¿Uber dog, guau? Ahora el Beltrán ha vuelto a la vida entre nosotros los análogos y puro abraza al perro hasta que se le salen los ojos (mentira, pero pucha que lo aprieta). Y le dice que es precioso, que es lo mejor del universo, que es perfecto y todos los adjetivos que se le ocurren (yo creo que hasta los está estudiando, porque el otro día dijo “eres irreprochable y cabal”, y eso sonó como a dicciorancio). Hasta la María, cuando lo ve con su cola plumero, se ríe como guagua (raro, y como que le baja el coeficiente intelectual). Y el otro día vi a mi mami vegetariana dándole jamón a Lengüita.

¡Dándole cadáver, como ella dice! Si me lo cuentan, no lo creo (es que si le hubiera dado

un apio, cero *rating* también).

Con la llegada de Lengüita fue un puro “guau” y de repente fue como si el contador de días de encierro se hubiera puesto en cero.

Bueno, ni tanto tampoco. Igual seguíamos aburridos de vernos las caras, de usar zapa-tillas peludas, de preguntarnos qué había de nuevo. ¿De nuevo? Nada.

Hasta la llegada del perrits.

Además que este animal es inagotable (hasta a nuestro auto se le fue la batería, de puro estacionado que estaba). Lengüita es como eléctrico eterno. Es cosa de que haya un ruido afuera y se lanza a ladrar. Y si uno dice “Lengüita” muy despacio, él utiliza sus orejas de radar supersónico y comienza a mover la cola, pero poquito (sólo porque uno dijo su nombre muy bajito. Es un genio). A veces hace como que duerme, pero siempre está alerta y atento. Y si alguien abre la puerta del refrigerador, llega al tiro y se sienta con cara de jamón.

Esa fue mi mamá, la culpable.

Hasta a mí me cae bien, aunque tengo mis

motivos para que no.

-A ver ¿a quién le va a tocar pasar la aspiradora, ah? A ver, a ver, a ver- dijo justo la madre del jamón.

Y mientras yo me iba retirando ninjamente, se respondió solita. Mirándome fijamente.

-Ajá. Pero obvio que era una pregunta retórica, o sea, que no era una pregunta. Porque ya había respuesta, ¿cierto Julito? Venga para acá hijo mío. Enchufe la máquina y aspire todo el rastro de pelos que han ido dejando el perro y ¿el gato? ¿dónde está?

-No sé, pero igual están sus pelos, grrrrrr.

-Ya. Menos gruñidos y más aspiraciones. Adelante con su misión, soldado Cabello.

-Soy pacifista.

-Bueno. Ponte a aspirar, pacifista Cabello. Y que quede sopladito.

-¿Pero no se supone que quede aspiradito?

-Ya me fui. Adiosito, esclavo.

¡¿Qué dijo, ah!?

Trauma infantil a futuro. Seguro.

NOTICIAS DEL MÁS ALLÁ

Lo más extraño es que siguiendo el rastro de sus pelos, igual uno no llega a Demóstenes. A veces aparece y se manda unos maullidos del más allá hasta el más acá y después vuelve a ser invisible. Ni siquiera sabemos dónde duerme, aunque sí dónde hace su caca: en la mitad del pasillo.

Es extraño esto de lo positivo y lo negativo en dos animales tan distintos, ah.

En eso estaba pensando, en el Ying y el Yang del guau y el miau, puras tonteras, cuando apareció mi papá. Y estábamos a punto de tomar desayuno, el día número ni me acuerdo del encierro (ya vamos como en casi dos descubrimientos de América).

-Ya. Ayer hablé con mis papitos porque había luna llena y me dijeron que estaban muy tranquilos, que no volviera a molest... y ahí

empezaron a sonar como unos rayos y unos truenos, aunque parecía que estaban arrugando unos papeles de esos para envolver dulces y fin. Como que se interrumpió la llamada. Pobrecitos, qué difícil debe ser vivir tan in-comunicados.

-Oh, sí- opinó mi mamita.

-Y tú, Julito, ¿qué has sabido de Andrea y del Aarón?

-La Andrea no tiene para cuándo volver y el Aarón me dijo hum, así que me quedé tranquilo.

-Ah bueno, *no news, good news*, dicen.

-Él, el más inglés.

-*Oh, yes* mi querida Rosa, o *Rose*. Es que además justo pedí un envío de comida escocesa que debiera estar a punto de llegar. ¿No te has dado cuenta de que todo el mundo está emprendedor ahora? Es que no hay mucha pega. O, mejor dicho, casi no hay. Entonces, como soy muy cooperativo, he comprado cajas de mascarillas con gatitos punks, unos cascos de Mandalorian anti virus y ahora ando buscando a chefs que exploran su lado

creativo. Es que, de verdad, nunca he dejado de ser crítico de restaurantes, me he dado cuenta.

-Dios mío, ahí viene- dijo, como hacia adentro, mi madre.

-Así que hoy, para el desayuno, he pedido...

Y ahí empezó a sonar una gaita en la puerta.

Lengüita se puso tan nervioso que puro daba vueltas. Es que una gaita debe sonar como a... bueno, a gaita = horrible.

-Espero que tengan hambre, porque el menú de hoy es *haggis*. Un estómago de cordero relleno con su hígado y sus pulmones molidos, con un poquito de sangre y avena, hecho al vapor. Es como una prieta gigante, pero con pedacitos de algo un poco gomoso pero sabroso. De-li-cio-so.

Cuando mi papá terminó de explicar esta asquerosidad, ya estaba absolutamente solo en la cocina.

Aunque no. Justo entró... Demóstenes.

Raro.

Aunque viéndolo comer después esa cosa

medio sangrienta en su plato... quedó en claro el porqué había aparecido.

Brrrrrr.

LECCIÓN CINCO

No hacer dieta en cuarentena.

Eso.

O sea, si se puede comer, se come.

Como oso en hibernación.

Y viva el pantalón de pijama, con elástico.

¿Se podrá ir al colegio en pijama después, ah?

Le ponemos la insignia del colegio y listo-co.

Tengo que conseguirme uno del color de mi alianza también.

Precavido es mi segundo nombre.

EL SÍNDROME ESE

Con el paso de los días -el único tema que realmente nos interesa, uf-, pasó algo que antes nunca habría pasado: los profes se relajaron. En serio. Hasta el Cogote de Goma, que al comienzo nos hacía ene preguntas de los libros -como el color del pelo del actor secundario (es que yo había visto la película, jaja), o “¿qué había querido decir el protagonista cuando no dijo nada?” Nada, creo, pero me puso que la respuesta estaba mala, y yo que la encontraba nada de mala, en fin-, ahora ya le bastaba con que hubiéramos leído una página al día. Y con eso nos felicitaba ene. Parecía otra persona. Bueno, también parecía otro porque estaba chascón despeinado (antes, a toda gomina), con la barba semipeluda (antes, cara de poto de guagua), sin corbata (¿¡qué?!) y a veces perdía la pa-

ciencia y agarraba al gato y lo tiraba por la ventana si interrumpía sus clases.

En serio.

Pero Marcalibros siempre volvía. Gatos. Irrompibles, parece.

Después alguien le preguntó por la salud del gato y al comienzo como que no cachó el porqué de la pregunta, hasta que fue entendiendo y empezó a enojarse de a poquito. Y lo primero que explicó es que su escritorio estaba en un primer piso. Que nunca tan poco animalista, que cómo se les ocurría que iba a lanzar al gato desde una altura peligrosa, que hace cuánto tiempo sospechaban que él era así de criminal, que nunca tanto, que qué mal pensados y se fue poniendo rojo hasta que se le ocurrió decir “mejor salgan a recreo, al tiro”, lo que nos dejó plop (porque no podíamos salir sin salvoconducto, obvio). Y apagó la conexión.

Con los otros profes pasó algo parecido. No lo del enojo, sino lo de irse relajando. Al comienzo mandaban y mandaban guías y documentos y había que comunicarse y responder y conéctate cabrito y tírate un powerpoint o

hazte una animación. Pero con el paso de la cuarentena, cada vez pedían menos, y menos, y menos. Aunque, la verdad sea dicha (mi mami habla así a veces, y entonces hay que huir), no es que se hayan relajado. Porque relajados tampoco se veían.

Ni aunque nos adelantaron las vacaciones de invierno, y las pusieron en otoño (ni se notó que estábamos de vacaciones tampoco).

Después, entre medio pusieron unas semanas de meditación sobre la educación (*what?*), después una de post exámenes y además una semana de desconexión total. Y unas vacaciones de invierno-invierno, porque las otras ya se nos habían olvidado y hacía mucho frío.

Ahorita estamos esperando las de pre verano, je.

Y mi mami, que intentaba mantener algo el orden, de repente nos estaba despertando en semana de vacaciones. O nos decía ¡felicidades vacaciones! y la mirábamos con cara criminal, porque estábamos en la mitad de una prueba final (aunque igual yo estaba mirando en el celu a un gatito chiquitito al que le ha-

cían masajes y lo mini peinaban, ahwl).

-El problema es que después no vamos a querer salir- opinó mi papito, sentándose a almorzar.

-¿Y esa camisa de leñador, como escocesa, Julio?- consultó mi madre.

-Ah, te diste cuenta. La compré. Es que como están todos hablando del síndrome de la cabaña, pensé que era mejor andar en look cabañesco, onda leñador. También tengo bototos con punta de fierro y un gorro de lana de oveja patagónica. Lo del hacha me lo estoy pensando.

-Mejor que no, mi amor.

-Bueno ya, amada esposa.

-Y ¿eso de la cabaña, qué es?- expresé, porque de verdad no cachaba qué era. Y uno quiere saber, pues.

-Ah, Julito, es que la gente que lleva mucho tiempo encerrada, después no quiere salir. Eso le pasa, por ejemplo, a los tripulantes de submarinos. Como que les da sustito la gente, los autos, los monstruos...

-Julio...

-Ay, perdón. Nada de monstruos, ok. Aunque afuera, como ahora no hay humanos, de más que han salido por ahí algunas presencias extrañas ¿no creen?

-Julio...

-Ya, ok. Aunque nunca había visto tantos picaflores en toda mi vida. Raro, pero en fin. Entonces, niños, ese es el síndrome de la cabaña: susto de salir. Listo. Punto final. ¿Así sí, Rosa?

-Así sí.

-Ya. Entonces ahora voy a encargarme de la hacha, vale.

-Mi amor, no te parece, mi amor, que ¿no es necesario, mi amor?

A los refugios.

COMIENZO, DESENLACE, FINAL

Cuando había pruebas, antes, la típica pregunta era sobre el comienzo, el desenlace y el final del libro. Bueno, tenemos muy en claro el inicio de todo esto: virus =contagioso= cuarentena= a guardarse y no nos morimos, pero casi que nos queremos morir después de todos estos días, oh. Esto es el desenlace, que es como la parte gorda del libro, en la que uno se duerme y no alcanza a conocer a los personajes secundarios, al antagonista (el enemigo o némesis), ni dónde ocurren las cuestiones. O si es de amor, al comienzo se conocen los pre pololos, después pasan separados ene rato, que pueden ser años, para que al final venga el besito (y/o otras cosas, pero que no ocurren en los libros que nos piden en el colegio).

El Cogote nos explicó que esto se llama “arco dramático”.

Y como yo dije “gol”, y esto ocurrió antes de la peste, me tuve que retirar lentamente de la sala. Por fome también.

Ya hasta extraño la oficina de la directora, doña Lupe, con su olor a incienso babilónico y sus cuarzos místicos.

Y la biblioteca, con la Anita María (y el aire acondicionado o la estufa, *yes!*).

Y los *nerds* de Cabezas y Mardones.

Y, además, era allí donde me encontraba con la Andrea... ahwl.

-Hola, hola, hola Julito. ¿Te interrumpo? -era mi papá- Sabes, hay algo que hoy no tengo claro: ¿estoy trabajando desde la casa o estoy viviendo en el trabajo, ah?

-No sé, papá. Justo estaba pensando cuando me interrumpiste. Y va a ser muy difícil que vuelva a echar a andar el cerebro.

-Mil perdones, hijo mío, pero es que actualmente vivimos en la confusión. Como que ya pasamos la etapa de la euforia, eso de andar felices y viendo series, para después caer en este estado de vacío existencial y de repetición incesante y monótona que le quita signi-

ficado a nuestros actos y a nuestras palabras, ¿no crees tú?

-Más o menos a la mitad de la frase me desconecté. Lo siento, padre mío.

-Viste, viste, es eso: el absurdo de la existencia.

-Papá ¿a qué hora almorzamos?

-A la una exactos, porque pedí pizza.

-Gracias y chaíto.

-Adiosito. Me voy a trabajar. ¿o a vivir para el trabajo?

Me tiene preocupado este adulto de la casa. Por suerte nuestra madre es más vieja, perdón, madura, o lo que sea. Aunque nunca está de más verificar.

-Hola madre. ¿Plantando o cosechando?

-Hola Julito. La verdad es que en un ciclo de la vida como los de antes, estaban más claros los comienzos y los finales. Pero ahora no. Tenemos que ir sembrando al mismo tiempo que cosechamos, porque no sabemos cómo vienen los días, si alargan la cuarentena más aún.

-O sea, si entiendo algo, estamos como en una serie toda latiguda que no tiene para cuando terminar.

-Eso, Julito.

Bueno. Esa sería la respuesta en la prueba de lectura: tu libro no tiene desenlace, Cogote de Goma. Ponme buena nota y no andes tirando al gato por la ventana. Te pasaste.

Vamos a mandar a los defensores de los derechos gatunos a hacerte una visita.

Y que te dejen bien rasguñados.

O te mandamos al Demóstenes. Si lo encontramos primero.

Me da susto de puro pensar en encontrarlo.

LECCIÓN SEIS

Deberás respetar los ciclos del sueño.

Esto se lo aprendí a mi vieja, perdón, mi santa madre. Y es que al comienzo me quedaba pegado jugando en línea, hasta que comenzaba a amanecer. Y, obvio, andaba entero gil todo el día. O se me caía la

cabeza encima del plato (quedé con cara de charquicán y ojos de huevo frito). Entonces, como a las ocho, todos los días, mi mamita comenzó a meternos a la cama y a apagar las luces. Y a bajar los tapones y cortar la luz.

¿Muy criminal esto último?

Pero si es mi mamá, que le revuelve todo el rato la basura a sus lombrices para que trabajen más.

Explotadora de gusanos.

Aunque esto podría aplicarse a nosotros, y no suena muy bien.

Yo también te quiero, mami.



LA LUZ AL FINAAAAAL DEL TUNEEEEEL SE APAGÓ

Hay cosas que hablan los vejetes que no entendemos los niños. ¿Colesterol, próstata, glicemia? Suenan como a nuevos planetas, aparecidos después de que eliminaron a nuestro Plutoncito, lindo, precioso, puro le hacen *bullying* por chicoco no más. Mala onda.

Pero imagínense: “venimos del planeta Glicemia” o “a partir de ahora serán súbditos del imperio Colesterol”.

Raro.

Ya, pero, para no desviarme, una vez más, hay algo poco galáctico de lo que los adultos -de verdad- nunca hablan claramente con nosotros: el tema de la plata.

Porque nosotros hemos crecido viendo que sacan y sacan billetes de esos cajeros au-

tomáticos. Y si les falta, sacan más. Y si se les olvidó sacar, vuelven a meter la tarjeta y apretar los botones. Como que hay unos duendes onda Gringotts adentro imprimiendo plata todo el rato. Entonces, cuando dicen que hay que ahorrar, como que no entendemos.

¿Para qué, si los duendes pueden hacer siempre más billetes, ah?

Y si queremos plata, nos sacamos un diente para el ratón y listo.

Entonces, padres, la culpita es de ustedes.

-Querida familia, cof.

Alarma, alarma. Cuando mi papá se pone a toser, es que la cosa está peluda (pelos =tosos). Y hasta ahora, nada de cofs.

OMCof.

-Como se habrán dado cuenta, los adultos de la casa no hemos podido trabajar mucho ¿cierto? Su mamá ha hecho algunas clases de jardinería por internet, pero en cambio la revista en que trabajaba como periodista ahora sirve para abono. O sea, se acabó con esto de la peste. Y yo he seguido con mi labor de

escritor, y he creado un libro maravilloso que me llevará a la gloria, uno sobre una competencia de peos en la selva.

-Pero papá, ese libro ya existe- dijo Beltrán, a quien le gusta mucho este tipo de literatura.

-Ay, no. Uno no puede crear con la ventana abierta, porque puro le copian (aunque así se ventila la pieza, también). Ahora tendré que escribir ese que tenía tan secreto, el de un topo al que le hacen un mojón encima de la cabeza.

-Ese es muy bueno- comentó el especialista.

-¿Cómo, ya existe?

-Sí, papi. Y tengo una versión con ruidos, que hace prrrrr en cada página.

-Esto es una pesadilla. Porque se habrán dado cuenta de que nuestro restaurante está cerrado y hemos seguido pagando los sueldos con algunos ahorros. Pero la plata ya se está acabando, niños. A lo mejor tendré que pedir ayuda. Esto me pasa por ser emprendedor, ¿vieron?

-Ya Julio, sosiégate, que no es tema infantil esto de la plata. Por ahora, niños, vamos a

comer más porotos y tallarines. Y porotos con tallarines también. Vamos despertando del sueño de la clase media (sé que no entienden, pero ando dramática y ya).

-Y cuando levanten la cuarentena, voy a pedirle a los duendes del cajero que me den algunos billetitos, de esos nuevitos y planchaditos ¿ok? Yaaaaa. Si estoy bromeando.

Uh, la carita que puso mi mami.

¿En serio que es broma?

Sustito.

A REPARTIR

Mientras en nuestra casa se estaba acabando la plata, si no nos ponían luego unas nuevas vacaciones en el colegio, allí se iba a acabar otra cosa.

Porque los profesores estaban *full* termodinámica, esa cuestión de la ley rara que me dijo la María.

Por ejemplo, al comienzo de la cuarentena la Anita María de la biblioteca nos leía cuentos en línea, super ordenada, con libros atrás y con una luz bien bonita desde la ventana. Ahora en vez de libros había un botellón de cloro y una torre de papel confort, la luz era de una lámpara de velador sin pantalla y al final, en vez de decir algo como “Colorín Colorado”, comenzó a decir “Y la cuarentena nunca se terminó”, “Y nunca se sacaron el pijama” o “Vivieron infelices por siempre”.

Puro traumándonos, vaya.

Otros profes, al comienzo, no sabían mucho qué hacer, cierto. Pero después comenzaron a inventar ene. Hasta unos hicieron unas animaciones, con personajes como Mapín, Cuadernín, Lapicín y Gomín. Todo estaba bien bonitín, hasta que en una clase apareció de invitada una pastilla con patas que se llamaba Antidepresín, y a ese proferosín no lo vimos más.

Después supimos que le habían dado otro tipo de vacaciones.

Ay. Y como seguíamos encerrados ¿qué podíamos esperar de los adultos a cargo?

Bueno, a lo mejor Lengüita es adulto en años perro.

¿Y Demóstenes? A lo mejor tiene siglos de edad. Y de maldad. Brrrrr.

En eso estaba yo, preocupándome más de la cuenta, cuando apareció mi papá con noticias.

-Familia, familia, vengan, vengan. Reunión en el comedor.

Apareció mi mami, con las manos enguantadas y embarradas, con una pequeña pala algo filuda (uuuuuh). Bien lentamente (porque igual los pañales le abultan) llegó la María, que también traía algo puntudo en sus manos: los palillos de tejer. El Beltrán andaba con una hoja de goma eva y unas tijeras, pero de punta roma (uf, qué alivio). Y yo justo estaba echándole mantequilla a un pan, con un cuchillo.

-Bueno, bueno. Ahora que estamos todos reunidos... ¿No es un poco intranquilizador que me estén escuchando todos armados, ah?

-Julio, no seas paranoico. Además, eres tú el que quiere comprar un hacha.

-Ya, ok. En fin. Cof. Los llamé porque, al parecer, van a levantar la cuarentena en algunas partes, y otras no y en otras quizás y nadie lo tiene muy en claro, pero hay que volver a trabajar, así que invité a alguien para conversar de negocios. ¡Moncho, entra no más!

Lo primero que sentimos fue una mezcla entre cloro limón y cloro aroma a violetas, con algo de alcohol y jabón de chocolate con almendras (puaj), lavalozas y limpiavidrios.

Moncho, nuestro Moncho, ex dueño del kiosko de cochinas del colegio y luego chef de nuestro restaurante, venía envuelto en bolsas de basura pegadas con scotch, una mascarilla y también uno de esos protectores transparentes encima, con guantes amarillos que le quedaban grandes, además. Y un pinito de esos para los autos como colgante.

-Hobla famblilia Fabello.

-Moncho, con la mascarilla se escucha menos.

-Blah.

-¿Qué?

-Yah.

-Ah. Bueno, por lo visto tendré que comunicarme y trabajar yo no más con Moncho en un ambiente muy limpio con amonio cuaternario, que suena a fósil pero que limpia ene. Familia, les cuento que vamos a comenzar con un servicio de venta de comida por internet, así que tendremos a don Moncho y un par de los Bertos -Wilberto y Norberto, creo- en la cocina. Todo muy aparte de nuestra casa habitación, para no traer al bicho por acá.

Y mientras mi papá nos explicaba, el Moncho hacía gestos con los dedos para arriba y unas mímicas de lo que iba diciendo su jefecito. Entonces hacía como que cocinaba, que respondía un teléfono, que se subía a una bicicleta. Parecía un mimo ninja terrible de rasca, con eso de estar envuelto en bolsas negras, pero como no veíamos a otro ser humano hace demasiados días, nos dio ataque de risa a todos.

Hasta nos atoramos, mientras Lengüita nos miraba con cara de “¿qué les pasó a estos?”.

Es que el Moncho era como la versión cuneta del estúpido y sensual Spiderman, onda Venom cuma.

LECCIÓN SIETE

Nadie sabe qué es la clase media.

Eso. En serio.

Y si uno pregunta, puro lo retan.

Tampoco hay que preguntar qué significa “un bono”, por siaca.

Lo que está en claro es que nunca llegan, eso sí.

LA “NORMALIDAD”

Desde el día en que se apareció el estúpido y sensual Moncho en nuestras vidas, algo comenzó a cambiar. Bueno, aparte de Lengüita y su cola. Y de la manía de Demóstenes de aparecerse donde uno menos se lo esperaba.

Una noche me dieron ganas de hacer un pipicito y abrí la puerta, prendí la luz y allí estaba el gato mirándome. Casi me dio un ataque al corazón, al hígado y a la vejiga, que por suerte no fue y alcancé a llegar justo al wáter.

Gato de porquería. De repente, cuando nos íbamos a sentar a la mesa, estaba escondido en una de las sillas. O justo, pero justo cuando mi mami se ponía a hacer una de sus clases de huerto en cuarentena, le daba por aparecerse y darse un paseo estilo desfile de moda -¿será por eso que le dicen *catwalk*, ah?- por arriba del teclado del compu, pasándole la cola por la cara a mi santa madre.

Y si uno intentaba hacerle cariño, al comienzo ronroneaba eñe y de repente -sin decir ni miau-, te pegaba un mordisco o te rasguñaba.

Como la familia Cabello es amante de los animales, no le pegábamos una tremenda patada (merecida), pero pucha que lo hacía difícil Demóstenes.

Además que con Lengüita era TODO lo contrario.

Y las comparaciones son odiosas, dicen, pero es imposible no hacerlas.

Como las que hago entre mi papi y mi mami -ups-, pero que de repente tuve que dejar de hacer, porque mi papá desapareció casi absolutamente de nuestras vidas. En serio. Era como si hubiera abandonado el barco. Antes estaba todo el rato dando vueltas, en la cocina, en el baño, y de repente, nada. Cero.

¿Así de traumática iba a ser la vuelta a la “normalidad”?

Recién en la noche entró muy misterioso desde el restaurante, dejando los zapatos en la puerta y duchándose como una hora y se echándose hasta cloro, creo yo, porque lle-

gaba a comer con nosotros con un aroma a wáter limpio que te lo regalo.

-¡Hola familia!

-Hola wáter, perdón, papito lindo limpiecito.

-¿Walter? A lo mejor es el cloro en mis orejas. Ah, pero qué fresco me siento después de un día tan duro. Es bien difícil esto de volver a moverse y a hablar con gente y que no se te queme la comida. Además que hablar con mascarilla sale tan raro. Si yo pedía una pizza hawaiana, el Moncho entendía pizza para tu hermana.

-Oj, oj. -se “rió” mi madre, antes de preguntar- ¿Y, funciona el negocio en cuarentena?

-Gracias por preocuparte, mi amor (mi papá sí lo usaba como se supone). La verdad es que fue buena idea olvidarse de hacer comida de otros países, aunque pensándolo bien las pizzas son italianas... tan contradictoria que es la vida ¿no?

-Ya. Y sin tanta meditación, ¿qué tal estuvo la venta?

-Nada de mal para ser un primer día. Le vendimos una pizza a la hermana del Moncho. Y eso sería, mi amor.

Hasta Lengüita arrancó.

Sexto sentido animal. Si hasta cachan cuando viene un terremoto, dicen

LA “NORMALIDAD” 2

No nos dimos ni cuenta y fuimos volviendo poquito a poco a la “normalidad”. O sea, a la vida que teníamos antes del virus, pero ahora con mascotas animales.

-De todas maneras no será como antes, Julito- me explicó la María cuando me vio con cara de normal-. Porque hasta que no haya vacuna, habrá que cuidarse igual. ¿Supiste que llamaron de San Expedito para que dijeran si ustedes, el Beltrán y tú, iban a volver a clases?

-¿Es que ya no nos quieren? Qué penita.

-No, *nerd*. Es porque no pueden volver todos, porque hay que poner las mesas con harto espacio entre ellas.

-Ah. ¿No es porque no nos quieran, en serio? Estoy que lloro.

-No, idiota. Y agradece que los papás dijeron que no, porque es más seguro quedarse en la casa.

-En el barco.

-Ah no. El papá con su cabaña, tú con un barco, el Beltrán en Minecraft. Después va a llegar la mamá con quién sabe qué.

-Yo creo que se cree lombriz, pero no feliz.

-Argh. Creo que tus metáforas me superan, hermano. Lo importante es que todo está cambiando para quedar igual no más.

-Eris tan re filósofa. Te admiro, sis.

-Adiosito. Me voy a tejer para tranquilizarme.

-Te admiro. Déjame tocarte, a ver si me pega algo.

Y mientras la María se retiraba, algo tostada (es tan seria ellaaa), el Beltrán entraba con Lengüita, diciéndole que era tan perfecto, magnífico, glorioso, amor puro y también “causa increada” y “motor inmóvil” (¿se come eso?). Se pasó cómo hace la tarea, oh. Y también el cómo se animó gracias a este

maravilloso quiltro.

El resto del día, y los días siguientes, la familia estuvo muy pendiente de la venta de pizzas, que fue subiendo al punto que hubo que ir sumando más Bertos a la empresa.

A nuestro papá casi dejamos de verlo.

Fue el primero en abandonar la cabaña.

Pura metáfora pura.

Con extra queso.

LECCIÓN OCHO

Uno se aburre hasta de lo bueno.

En serio. Y si además engorda, más.

Aunque también se aprende a encontrarle el lado bueno a lo malo. En serio.

¿Sabían que con el brócoli, el repollo, la coliflor y los repollitos de Bruselas a uno le salen mejores peos?

¿Ven? Pero qué buen ejemplo, oye. Hediondo de bueno.

Aunque el otro día comí tanta coliflor que en la noche parecía Año Nuevo.

LA “NORMALIDAD” 3

Los Cabello andamos como en el penúltimo día de vacaciones, ese en que se está acabando todo, pero todavía no. Como que sabemos que hay que despedirse, pero todavía no. Como que andábamos en una onda y tenemos que cambiarla, pero todavía no.

Como que ningún adulto quiere tomar decisiones de adulto. Y es que ni el viejo de la Salud, el que va diciendo cuanta gente se enferma, está de acuerdo consigo mismo sobre cuánta gente se ha muerto. Raro.

Lo que sí sabemos es que han sido miles de personas.

Y ahí sí que no me sale ningún chistecito.

Nunca tan gil.

Mi mami anda más seria, porque sin mi papá tiene que hacer más cosas lateras de la casa.

Y, por lo mismo, a los otros gusanos nos ha tocado limpiar y ordenar más.

En cambio las lombrices puro andan pudriendo cosas. No es justo.

Todo está raro.

Se está notando el cambio, después de tantos días tan iguales unos a otros.

¿Cómo será la primera semana completa sin pijama, ah?

Mis papás han estado descubriendo los permisos para salir, que antes ni ocupaban. Mi papá, para mandar las pizzas con el Moncho motorizado. Mi mamá, para irse acomodando a la nueva realidad.

-Bah. Yo ni sabía que para pedir los permisos había una comisaría virtual.

-¿Y es con paco bots?

-Ay, Julito.

-¿Con robot pacos?

-Fome lo tuyo.

-¿Con Luigi y Mario, pero *carabinieri italiani*?

-Hijo de su padre. Basta de fomedades, que tengo que concentrarme para poner mis datos. Y mira tú: hay permisos para ir a comprar, para visitar a los viejitos, para ir al banco.

-¿Por qué no aprovechas y pides uno para llevarte a Demóstenes, mejor?

-Pero qué crueldad. Aunque no es una mala idea.

-Eso. ¿Hay permisos para exorcismos?

-Voy a llevar a Lengüita y a Demóstenes al veterinario.

-¿Pero cómo?

-Improvisaré no más.

Y así es como parten “La profecía”, “El aro”, “Pesadilla”, “Martes 13” y todas esas películas llenas de sangre. Improvisando.

Creo que me guardaré en mi pieza hasta la segunda parte de esta película.

él fue parte de la improvisación al transportar al gato satánico.

Lo que jamás me hubiera imaginado era lo que venía más atrás.

Lengüita venía todo pelado, con su cola de plumero brillante, recién lavadita. Como que brillaba.

Demóstenes venía también. Entero rasurado, menos su cabeza, que parecía un champiñón de Nintendo. Y como le dejaron el pelo al final de las patas, parecía que andaba con calcetines.

Parecía entero humillado, pero como que se iba cayendo un poquito. Parecía medio curado el pobre.

Sí, el pobre. Como que me dio penita, oh.

Nunca tan animal.

O, bueno, más animal.

-Ya, familia, les cuento. Lengüita está sanito totalmente y se dejó bañar y cortar el pelo, langueteando a todo el mundo. Con Demóstenes, bueno, le tuvieron que poner algo para tranquilizarlo. Y también está muy saludable,



sin esos pelotones de pelo que tenía. Según el veterinario, le deben haber molestado mucho.

¡Pobrecito! Y yo puro haciendo chistes sobre la encarnación gatuna de Satanás. Entonces, era un puro problema de pelo. Y no había que ducharlo con agua bendita ni nada.

Me acerqué el gato ridículo y le hice un poco de cariño.

Me miró con unos ojos medio dormilones, maulló muy suavemente y se cayó de costado ronroneando.

Parecía hasta bueno.

Amén.

LECCIÓN NUEVE

No juzgues a un gato por su pelo.

Ni a un libro por sus tapas.

Ni a un Cabello por todas las leseras que dice.



EL DIARIO DE LA PESTE

Como ya andan levantando las cuarentenas, parece que esto se va a acabar, dicen.

Ojalá, porque ahora el profe de Historia se está disfrazando para hacer las clases. Y se puso unas toallas blancas para enseñarnos a los griegos, aunque con la cuarentena está un poquitín fofito. Gordito tu Pericles. Sanita tu democracia.

Después va a querer que lo tomemos en serio, además.

Igual no creo que volvamos a clases este año, pero algo aprenderemos ¿no?

Yo aprendí hasta a cuidar a las lombrices de mi mami.

También llegué a querer a Demóstenes, que se puso bueno.

Y a Lengüita, que es perfecto.

Voy a guardar este diario, para acordarme de este año en que nada fue normal.

Lo iba a imprimir, pero no hay papel. Tampoco tinta en la impresora. Lo voy a grabar en un pendrive y lo voy a meter en una botella, como si fuera un mensaje, porque así me mando la tremenda metáfora y parezco más poético y me pasé de fino, que también puedo serlo, por siaca.

Lo único que voy a meter en papel son unas instrucciones de emergencia que me hice, porque igual las escribí para leerlas como día por medio, en serio. Eso. Ojalá que descubran la vacuna y que nadie se coma a otro animal con bichos contagiosos adentro.

Eso.

FIN.

INSTRUCCIONES EN CASO DE EMERGENCIA EN CUARENTENA

Ya Julito, si estás leyendo esto, respira profundo. Respira. Tranquilo. Respira (no tosas sin mascarilla). Cuenta hasta diez. O ya, hasta veinte, o hasta treinta (si igual es gratis). Ya. ¿estás más calmado? También puedes ver un par de capítulos de Peppa Pig, que es lo mismo que una lobotomía exprés. Calmao. Bien, ahora lee estas diez razones de **POR QUÉ NO TIENES QUE ELIMINAR A TUS PAPÁS (PORQUE TE TIENEN CHATO, PORQUE TIENEN LA CASA HEDIONDA A CLORO, PORQUE COCINAN LO MISMO TODA UNA SEMANA, PORQUE NO SUELTAN NETFLIX, PORQUE HACEN HAPPY HOURS CON SUS AMIGOS POR EL COMPUTADOR Y SE RÍEN DEMASIADO FUERTE, PORLOQUESEAESTA-VEZ).**

RAZÓN UNO

1.-Si no están, vas a tener que hacer tu cama todos los días.

RAZÓN DOS

2.-Ellos tienen la plata.

RAZÓN TRES

3.-Ellos tienen esa cosita verde para gastar la plata en línea.

RAZÓN CUATRO

4.-Vas a tener que hacer un tremendo agujero en el patio para enterrarlos y te van a quedar las manos lacias y no vas a poder jugar Play un buen rato.

RAZÓN CINCO

5.-No vas a poder echarlos a la lombricompostera, porque las lombrices son veganas (cero aporte).

RAZÓN SEIS

6.-Te vas a convertir en el adulto de la casa =clorogel, Lisoform, jabón Popeye, aspiradora, escoba, trapeadora, ya me agoté (aunque nadie plancha, así que eso no, eso sí).

RAZÓN SIETE

7.-Las patas todavía no te llegan a los pedales del freno y del acelerador del auto.

RAZÓN OCHO

8.-Vas a tener que hacer SOLO el kilo de tareas que está mandando el colegio para justificar la NO rebaja de la colegiatura (no tengo idea de qué significa esto, pero lo dicen mis papitos a cada rato).

RAZÓN NUEVE

9.-Vas a tener que ocuparte de tus hermanos chicos, que son igual que mascotas, pero que no hacen su caca en la arena.

RAZÓN DIEZ

10.-Porque amas profundamente a tus papás, MAMÓN (y además tendrías que hacer tu cama, qué lata).





Oh, pero qué manera de reírme con mi yo del pasado. Pero qué genial que era. Y qué raro (mi palabra favorita, que tengo tatuada atrás: RA en un cachete y RO en el otro) que fue todo lo de la cuarentena. Por suerte sobrevivimos, aunque la vida cambió tanto ¿no?

Espero que en Marte esté mejor la cosa.

Y de ahí la LECCIÓN DIEZ, que faltaba:

Como no tienen ozono, tampoco hay forma de hacerle un tremendo hoyo.

Chaíto terrícolas.

FIN

